

PRESENTACIÓN DE “VILAFRANCA EN LA II REPÚBLICA. Un sueño convertido en pesadilla”, Pamiela, 2017.

Cuando empecé a **investigar la historia de Villafranca**, y en especial el periodo que nos ocupa (1931-1936), no sabía qué es lo que me iba a encontrar. Es cierto que tenía mis ideas sobre la II República, en general, pero lo que había sucedido en el pueblo en este tiempo en particular lo desconocía.

La idea que yo tenía formada de la II República en Villafranca, **procedía de fuentes orales, de lo que había oído a ciertas personas mayores**: La impresión que uno se formaba tras escucharles hablar con tanto entusiasmo de aquella época era que el pueblo había funcionado casi como una república soviética, comunista y socialista, donde se habían llevado a cabo experiencias cooperativistas, caso de la Trilladora de la UGT. Que la gente se había librado de las ataduras atávicas de la Iglesia y que se casaba por lo civil y bautizaban a sus hijos también por lo civil. Que el Ayuntamiento en una de sus sesiones se había unido a la “expulsión” de los jesuitas de España ordenada por el Gobierno de Manuel Azaña. Que en las escuelas se habían retirado los crucifijos y que se leían libros que luego serían, no solo prohibidos por los golpistas, también, quemados. Y que se habían ocupado corralizas y llevado a cabo algunas huelgas reivindicando comunales y la reforma agraria.

Mientras escuchaba a estas personas, supuse que **esa sería la razón, por la que, cuando llegó el 18 de julio de 1936**, las derechas se tomaron la venganza que tomaron. Porque, durante la República, Villafranca había sido, como digo, un pueblo donde solo socialistas y comunistas podían sentirse a gusto. Y, por supuesto, que estos habían machacado a las derechas durante este período de buena gana.

La verdad es que la información que, poco a poco, fui encontrando en el Archivo Municipal, **no contradecía los hechos contados** por estas personas mayores, pero **la realidad era mucho más compleja**.

Me explico.

Primero. La candidatura republicano-socialista que salió de las elecciones del 14 de abril de 1931 solo estuvo en el Ayuntamiento durante dos años. Que desde 1933 a febrero de 1936 gobernaron las derechas, y solo, durante los meses de febrero a julio lo hicieron de nuevo las izquierdas, con la denominación del Frente Popular.

Segundo. Que, de 1931 a 1933, periodo netamente republicano, hubo tres alcaldes. Pelayo Sánchez, Jonás Arizu y Macario Jericó.

Pelayo representó el sueño, la esperanza, el *¡por fin, ya era hora!*

Jonás, aunque impulsó las negociaciones entre propietarios de corralizas que habían sido del común en siglos pasados y el Ayuntamiento, fue, finalmente, quien con sus decisiones nada acordes con los intereses de los agricultores del pueblo inició la desazón en las izquierdas y que, luego, se convertiría en pesadilla.

Sería el antiguo anarquista, luego socialista, **Macario Jericó**, el encargado de precipitar a Villafranca en el fondo sin fondo de la negrura de esa pesadilla de la que ya no saldría.

Luego, desde 1933 hasta febrero de 1936, con **Agustín Arana** como presidente de la corporación, la derecha se encargaría de cortar de raíz cualquier iniciativa socialista y reformista. Es más. Como signo del aniquilamiento de las izquierdas, durante este tiempo, además de cerrarse la Casa del Pueblo, los socialistas no presentarían ni una reivindicación, ni hicieron manifestación alguna.

En este primer periodo, el Ayuntamiento de Villafranca estuvo gobernado por la *Candidatura Republicano Socialista* - dirigida por Nicolás Jiménez y Julia Álvarez y con una militancia de casi 800 afiliados- y con los concejales, además de los anteriores, **Emilio Arana, Ángel Arrondo, Santos Catalán y Luis Lavín**. **Lo único que** consiguió fue crispar los ánimos de la militancia socialista. Ninguna de las reivindicaciones planteadas a lo largo de estos dos años se consiguió.

He dicho bien: NINGUNA.

La militancia socialista pronto descubrió que una cosa era tener el poder político, y muy otra el poder económico, es decir, la propiedad de la tierra. **No hubo reforma agraria**, ni recuperación del comunal vendido en subasta en el siglo XIX a los terratenientes del pueblo -a pesar de las negociaciones entabladas entre estos y el ayuntamiento-, tampoco devolución del Soto Robado, apropiación ilegal hecha por un Arévalo, abuelo del conde Rodezno; ni la supresión de impuestos indirectos, ni la mejora de viviendas, ni la situación del paro, alarmante en esta época y, para colmo, sin ONGs...

Aquel Ayuntamiento fue la representación exacta de la **ineficacia más absoluta**. El ritmo en la calle lo marcaba la UGT y sus dirigentes, y era un ritmo que chocaba con la burocracia, la legislación y con la **tenaz oposición, de la derecha del pueblo**, representada en el ayuntamiento por **Martínez Berberana, Miguel Malo, Felipe de Saleta y Eduardo Zapatería**, que haría todo lo posible por torpedear la legislación progresista que llegaba de Diputación y del Gobierno, sobre todo en lo referente a la Colocación Obrera. Y, en el resto de las cuestiones, como la creación de la Biblioteca Pública Municipal y la Cantina Escolar, hicieron dejación tanto las derechas como las supuestas izquierdas del ayuntamiento.

El desastre de esta situación lo resumiría la muerte a bocajarro de Juan Mañas, *el Barrao*, por la Guardia Civil, siendo alcalde Macario Jericó, quien, en un pleno del Ayuntamiento, **el más vergonzoso de la historia de Villafranca**, no solo justificaría dicho crimen, sino que felicitaría a la Guardia Civil por la labor realizada. E, incluso, a los guardas municipales que no reprimieron con fuerza a los manifestantes, caso de Gregorio Sola, de la UGT, les abrirían expediente.

Estamos muy acostumbrados, yo lo estaba, a forjarnos una idea un tanto idílica de aquel Ayuntamiento que tenía 7 concejales que formaban parte

de la Candidatura Republicano-Socialista. **Pues desengañémonos. Al final, no fueron republicanos, ni socialistas.** El único que salvaría esta inculpación sería Luis Lavín Abascal, que, en cantidad de plenos tendrá que enfrentarse a sus propios compañeros de candidatura: Santos Catalán, Emilio Arana, Angel Arrondo, Macario Jericó y Jonás Arizu. ¿Alguien puede entenderlo? Ni siquiera hubo disciplina de partido.

Muchas propuestas de calado social y favorecedoras de la mejora de la gente una y otra vez fueron desechadas por una corporación que, supuestamente, era mayoritariamente de izquierdas: pienso en la Cantina Escolar, la Biblioteca Pública, pero también en la supresión de impuestos indirectos, en el tema de los arrendamientos, tanto de las viviendas como de las parcelas, etcétera.

A pesar de este panorama desolador, del pesimismo atroz que comenzó a llenar los corazones de los villafranqueses a finales de 1932, Villafranca no se caracterizó **en ningún momento por utilizar medios violentos** para solucionar sus problemas que venían de muy lejos.

Lo que sí hubo fue una **violencia institucional y una violencia latente por parte de las derechas**, que tuvieron un **comportamiento ejemplar**, pues en todo momento **se limitaron a decir NO** a toda propuesta de la izquierda. Y el adjetivo **ejemplar** que cada uno se lo tome como quiera; a chacota, pero, también, en plan irónico, sarcástico, por supuesto.

Las derechas no estaban organizadas, pero, en cuanto el Gobierno publicaba una ley que les afectaba directamente, no tardaban en **realizar asambleas** que llamaban **asamblea de patronos** y manifestaban lo que pensaban, a través de sus representantes en el ayuntamiento: **NO a cualquier ley proveniente de la República o de Diputación, presidida por la izquierda.**

Andrés Ventura, el *Malagueño* o el *Pirata*, se jactaría de no contratar en sus peonadas a los socialistas. A **Santiago Segura Benedit, Bolchaco**, en una reunión de la Junta Local Obrera le diría que, si querían trabajo, lo primero que tenían que hacer era dejar la UGT. No solo no se los contrataba, sino que, también, **se los echaba del trabajo. A Macario Lafraya, Cabila, de oficio pastor, Martón prescindió de sus servicios por ser de la UGT.**

No hubo asalto a la Iglesia, ni al convento, ni a las casas de los hacendados, ni se quemaron haciendas, ni se degollaron rebaños, ni se destruyó maquinaria agrícola como sí ocurrió en varios pueblos de la ribera... Solo se quemarían unas hectáreas de higueras del Conde y en un momento determinado **un grupo anónimo de socialistas anegarían los campos de agua de varios patronos** como protesta por la situación obrera.

Y hubo dos muertes violentas. Una la de Florencio Ventura Burgui, hijo de Andrés Ventura, y la de Juan Mañas, *el Barrao*. La primera, no por razones sociales o políticas, sino por rencillas personales entre el padre de los *Mainate*, Esteban, y el de los Ventura, Andrés. La segunda por razones

políticas, y a cargo de la Guardia Civil que disparó al cielo, rebotó y entró por la espalda de El Barrao.

Y poca cosa más, si descontamos la acción de tirar por un barranco un carro de Valeriano Soret, de la UGT, protagonizada por jóvenes cachorros de la derecha, que, con el tiempo, tendrían peso en la política de Villafranca, cuando falangistas y carlistas se adueñaron del pueblo.

Lo que decían nuestros mayores era verdad. Pero aquellas conquistas de las que hablaban **no costaban un real al erario**. No suponían ninguna detracción de los presupuestos del Ayuntamiento, y, por tanto, los mayores contribuyentes del pueblo, que eran quienes les daban finalmente el visto bueno, no se alarmaron lo más mínimo por cuestiones que no afectaban a su caja de caudales.

De ahí que no mostraran ninguna alarma ante cuestiones relacionadas con la aplicación de ciertas medidas laicistas, aunque, ciertamente, no las aceptaron, toda vez que en cuanto se hicieron con el poder, tras el golpe, convertirían el **pueblo en una sacristía**.

El libro no es una **historia de buenos y de malos**, pero quedan patentes algunas muestras de ciertas conductas nada compatibles con la ética y con lo que siempre hemos entendido por ser buenas personas.

Tampoco es una hagiografía. Ni biografía de ningún personaje de la época.

Es una historia CORAL, donde se da entrada a muchas voces y a muchos protagonistas. La colectividad es la gran protagonista, es decir, el pueblo de Villafranca. De ahí que el lector encontrará los nombres y apellidos de casi todos los habitantes del pueblo durante esa época. Muchos de ellos aparecen protagonizando historias mínimas, sin importancia aparente, pero que esconden la historia del pueblo entero.

Me refiero a anécdotas como el **conflicto creado por el consumo de serrín** en la escuela que pondrá en evidencia la política educativa del Ayuntamiento; la **destitución del enterrador del cementerio** por el único motivo de que era de la UGT; el follón armado por negar el alcalde permiso a los **vendedores de helado** porque molestaban la hora de la siesta; la bronca creada por el **nombramiento del secretario municipal** que recaerá en alguien que no es navarro; la solicitud de **subvenciones para mitigar el impacto de una tormenta de pedrisco**; la situación de los **menores de edad** y cómo se solucionaban cuando eran carne de cañón conflictiva; la solicitud de permiso de **uso de pistola por parte del alcalde Macario Jericó**; el **vía crucis** seguido por **Lavín para cobrar 40 pesetas** que había puesto de su bolsillo para viajar a Tudela para recoger unas escrituras municipales sobre comunales; el **nombramiento del guarda Andrés Soret Lafraya**; la solicitud de permisos para repartir propaganda electoral o celebrar el primero de mayo o una manifestación; las **reticencias entre la UGT y CNT** por los motivos más diversos.

Cualquier de estos capítulos revela un conflicto existente que había en las relaciones sociales de la época. Lamentablemente, **la situación de la mujer** brilla en la documentación por su ausencia.

También, **es protagonista el Ayuntamiento**, presentada como la institución clave en todos y cada uno de los conflictos que se sucedieron, y que no fueron pocos. Un Ayuntamiento cuyo déficit democrático sería enorme en el primer período, toda vez que el absentismo de los concejales fue una de sus características más importantes. Hasta tres veces tendría que convocar Macario Jericó a los concejales para poder aprobar los presupuestos del ayuntamiento para 1933.

Sin duda, el **gran protagonista social del pueblo durante el primer periodo republicano fue la familia socialista**, primero unida, y luego separada. Fueron los grandes protagonistas de este tiempo. Gracias a ellos conocemos la historia del comunal. Gracias a ellos la gente tomó conciencia de su dignidad como personas. Gracias a ellos el espíritu republicano se mantuvo vivo durante toda la II República a pesar de la oposición radical de las derechas.

Y, estaban, **las derechas**, en principio agrupadas como **asociación patronal**, dirigida por Julián Alcaide, Luis Deán y Martínez Berberana. A partir de 1933, militarían en *Unión Navarra*, partido fundado por el derechista Aizpún Santafé. El concejal Martínez Berberana sería su dirigente local.

De 1933 a 1935, las derechas gobernaron Villafranca sin oposición alguna. Los concejales del Ayuntamiento fueron nombrados directamente por el Gobernador, los cuales, elegirían a Agustín Arana como alcalde, y este no las tendría todas consigo, dándose durante su legislatura varios conflictos sonoros, uno de ellos el del nombramiento del secretario, pero no solo.

Fueron dos años en los que no hubo ningún enfrentamiento de ninguna especie. Villafranca fue una balsa. La represión fue total. Las derechas, siguiendo consignas de sus dirigentes, aprovecharían para expulsar de las peonadas a todos aquellos que estuvieran afiliados a la UGT, motivo por el cual muchos militantes abandonarían el sindicato. De 800 afiliados que había en Villafranca en 1932 se pasarían a 70.

Las elecciones generales de febrero de 1936 ganadas por el frente Popular en el Estado, que no en Navarra, dieron paso a un Ayuntamiento con los concejales anteriores. Es decir, ningún cambio. Macario Jericó, a quien los socialistas no querían ver ni en pintura, sería su alcalde, pero, viendo que el clima que se respiraba contra él en el propio ayuntamiento, presentó la dimisión, después de haber creado un sinfín de problemas y no solucionar ninguno de ellos, a pesar de su voluntarioso empeño en conseguir que la Diputación, derechas, ayude económicamente al pueblo.

Lo sustituirá Santos Catalán y, al mismo tiempo, el Gobernador nombrará una nueva hornada de concejales, esta vez sí, socialistas y republicanos, y que habían formado parte de la **candidatura conjunta del**

Frente Popular: Luis Soret, **Miguel Cristóbal**, Tiburcio Garrido, Bonifacio Merino, Juan Arrondo, Sixto Malo, Francisco Muñoz Catalán.

Era, por fin, un ayuntamiento netamente de izquierdas, pero nada pudieron hacer por lo que todos sabemos.

La palabra clave que explica la tesis fundamental del libro es **CONFLICTO**.

Durante la II República, exceptuando el periodo gobernado por las derechas que fue de suma tranquilidad social por la represión que ejercieron, el deseo de cambiar a mejor movilizó a la mayor parte de la población que, desde el principio, apostó por la República sin paliativo alguno. Esta movilización generaría conflictos de muy diversa naturaleza.

Se dio un choque de trenes entre dos maneras de **entender la organización social, política, religiosa y agraria** del pueblo. La de la República y la de quienes la odiaban, las derechas, aunque no lo dijeran públicamente aunque sí en privado. Y, sin dudarlo, los mayores conflictos se generaron **por causa del paro y de la situación obrera**, en un estado realmente calamitoso.

Solo, con ocasión de los matrimonios y bautizos civiles hubo un encontronazo de la izquierda con la Iglesia. Solo con la Iglesia, nunca con la población civil. No lo hubo, sin embargo, cuando desde el Gobierno se dictaminó que el Colegio de las Monjas se transformara en escuela pública, propuesta que surgiría de la Junta Local de Educación, presidida por Sixto Alonso. En Villafranca **no se dio jamás un movimiento anticlerical violento**. Las izquierdas se limitaron a cumplir con la legislación laica del Estado. No fueron más allá.

En Villafranca, **hubo muchos desahucios**. Los exigieron **propietarios de derechas** -el médico Marzol, Rodezno, Yanguas, Zapatería, etcétera-, como el **Ayuntamiento** como propietario de terrenos y de casas, y la **Iglesia, que también tenía su patrimonio inmobiliario**.

Un sector que provocaría agrios enfrentamientos sería el de los precios **de los arrendamientos**, de viviendas como de tierras. La República publicaría una normativa que favorecía claramente a los inquilinos, pero los propietarios se negarían a obedecerla. La mayoría de estos conflictos terminarían en el juzgado de Villafranca o en el de Tudela.

Formalmente, el libro está distribuido por capítulos fechados por años correspondientes a la duración de la II República.

La **fuentes documental** proviene las Actas, Censos, Presupuestos, Juzgados de Paz, Correspondencia e Instancias del Archivo Municipal de Villafranca.

La documentación de los partidos políticos y organizaciones sindicales en liza no existe.

Gracias a sus **instancias al Municipio, las denuncias contra ellos**, es como podemos reconstruir con absoluta fidelidad las directivas de los

distintos organismos del Partido Socialista y de la UGT, la lista y nombre de todos y cada uno de sus afiliados, lo mismo que al partido Republicano-Socialista creado por Nicolás Jiménez después de la escisión en 1932.

Al mismo tiempo, contamos con la lista detallada de los obreros del campo que trabajaban para los grandes potentados de Villafranca, y el carácter con que lo hacían: **medieros, aparceros o colonos**.

Podría decir que el libro es una **radiografía política, social e institucional de lo que fue la II República de Villafranca** y en cuya narración quienes peor salen en la foto son, como era de esperar, los de siempre: **aquellos que nunca comprendieron que herir a una persona en su dignidad es un crimen**. Y bien sabemos que hay muchas maneras de hacerlo.

Víctor Moreno

Villafranca a 22 de diciembre de 2017